

BENITO ARIAS MONTANO



Entre Flandes y la biblioteca
de El Escorial

Pocos humanistas del Renacimiento tuvieron la altura intelectual de este extremeño, colaborador estrecho de la política cultural de Felipe II. Escritor, traductor del hebreo, del latín y del griego, analista político, interesado por la biología y la astronomía, y hasta teólogo y campesino, realizó con la misma pericia labores tan dispares como la redacción y exposición de ponencias en el Concilio de Trento o el cultivo de legumbres en su huerto de Aracena. Por supuesto, también fue bibliotecario.

Benito Arias Montano nació en 1527, en Fregenal de la Sierra (Badajoz), un pequeño pueblo en las sierras extremeñas. Su familia pertenecía a la baja nobleza, y pudo realizar estudios de calidad, gracias a que un padrino rico se implicó en el futuro de su ahijado pagando toda su educación. De hecho, a los catorce años ya había escrito su primer trabajo científico, sobre la correspondencia de las antiguas monedas castellanas con las que estaban entrando en vigor en ese momento. La Universidad de Alcalá fue su *alma mater*, y allí se especializó, entre otras cosas, en corregir errores de la Vulgata basándose en el original hebreo de la Biblia. De aquella época de estudiante data su primera obra literaria, un poemario titulado *Rethorica*, muy influido por Horacio en el que, entre otras cosas, refutaba con inteligencia y resolución los errores de Lutero. Por esas fechas, su vida ya giraba en torno a los libros. Visitaba con frecuencia la biblioteca de la universidad y poseía en la suya una gran cantidad de volúmenes, muy útiles para sus estudios filológicos y teológicos. Su fama como políglota, sabio y poeta se consolidaba, hasta el momento en que recibió el título universitario de *poeta laureatus* en 1552. Así conoció a fray Luis de León, que acudió de Salamanca a Alcalá atraído por un catedrático de Biblia, fray Cipriano de la Huerga, y ambos entablaron una gran amistad. El estudio de la Biblia y sus traducciones, la poesía, la filosofía y, en general, el espíritu humanista, los hacían copartícipes de un mundo altamente interesante.

En 1560, con los estudios ya terminados, y precedido de una fama más que ganada como escritor, filólogo y erudito, ingresó como sacerdote en la orden de Santiago, y dos años más tarde fue elegido por el obispo Martín Pérez de Ayala para integrar la delegación española que iba a participar en el Concilio de Trento. Sus dos discursos, sobre el divorcio

y sobre la comunión bajo las dos especies, fueron ovacionados como ningún otro de la legación peninsular. Y gracias a esa vicisitud, el rey Felipe II se fijó en él, lo que derivó finalmente en su actividad como bibliotecario. El monarca lo nombró capellán del rey, cargo al que iba asignado un sueldo anual como agradecimiento por los servicios prestados al país, y poco más tarde, en 1568, lo envió a los Países Bajos para dirigir los trabajos filológicos relacionados con la Biblia Políglota, una magna obra que consistía en la edición del texto sagrado en cinco idiomas, siguiendo fielmente los originales, debidamente traducidos. Solo un sabio como él podía, obviamente, acometer con éxito esa empresa. Al principio, el equipo dedicado a esa labor, dirigido por el editor, Plantino, se manifestó reticente a la presencia de Arias Montano, porque lo veían como una especie de inquisidor enviado por Felipe II, el rey que simbolizaba la absoluta ortodoxia católica frente a las novedades ofrecidas dentro de ese siglo por Erasmo, Lutero, Calvino u otros reformadores, que habían revolucionado el espacio espiritual de Europa. Sin embargo, la simpatía, la amplitud de miras y, sobre todo, la sabiduría sin límite del español calaron en aquel grupo, del que Arias llegó a ser un verdadero líder, querido y admirado.

Pero su obra no era solo filológica. En esos años, el extremeño escribió poemas religiosos, que fueron publicados en 1572 con el título *Humanae Salutis Monumenta*, ensayó una colección de semblanzas de humanistas famosos y compuso hasta tres libros de devoción. Asimismo, hasta ese año, su pensamiento político descansaba en la idea de que Felipe II era un rey enviado por Dios para conseguir que España, América y gran parte de Europa no se contaminaran con las nuevas rebeldías en lo religioso y en lo político. Y hay todavía una secuela más de su actividad intelectual y erudita, menos

conocida que las anteriores: el rey español confiaba en el buen criterio de su enviado para comprar libros exquisitos y útiles, que pudieran llenar el amplio espacio que el monarca había dedicado en su maravilloso palacio de El Escorial como sede de la biblioteca palatina, y constituyeran un elenco necesario y valiosísimo para quienes desearan realizar investigaciones de cualquier índole. La larga bóveda de cañón de la biblioteca está decorada, sin concesiones al vacío, por multitud de frescos que representan las siete artes liberales: Retórica, Dialéctica, Música, Gramática, Aritmética, Geometría y Astrología. Diseñada la estancia por Juan de Herrera, la biblioteca es una gran nave de cincuenta y cuatro metros de larga, nueve de ancha y diez metros de altura. El suelo es de mármol y en las paredes descansan grandes y artísticas estanterías, trabajadas hasta el detalle más mínimo. El encargo de Felipe II consistió en la elección de las mejores obras europeas, desde el punto de vista

literario, científico, filosófico y teológico, para añadirlas a las joyas nacionales que ya se estaban adquiriendo. Por ejemplo, en una carta del 25 de marzo de 1568, nada más trasladarse Arias a Flandes, Felipe II escribe al extremeño lo siguiente:

Desde agora tengo aplicados los seis mil escudos que se le prestan para que como se vayan cobrando dél se vayan empleando en libros para el monasterio de Sanct Lorenzo el Real de la Orden de Sanct Hierónimo, que yo hago edificar cerca del Escorial como sabéis; y ansí habéis de ir advertido desde mi fin e intención para que conforme a ella hagáis diligencia de recoger todos los libros exquisitos, ansí impresos como de mano, que vos como quien también lo entiende viéredes que serán convenientes para los traer y poner en la librería del dicho mi monasterio, porque ésta es una de las principales riquezas que yo querría dexar a los religiosos que en él hubieren de residir, como la más útil y necesaria, y por eso he mandado también a D. Francés de Alava mi embajador en Francia, que procure de haber los mejores libros que pudiere aquel reyno, y vos habéis de tener diligencia con él sobre esto (Rekers 1973: 198).

En este párrafo queda claro que, para Felipe, una de las mayores riquezas de la humanidad estriba en el conocimiento que nos llega a través de los libros. Ojalá todos los gobernantes de todos los tiempos lo hubieran tenido tan claro. Esa circunstancia fue muy beneficiosa para Arias Montano, porque tuvo carta blanca para comprar lo que quisiera, por muy cara que fuese la maravilla bibliográfica con la que se encontrara. En mayo de 1570, en Amberes, escribió a su rey y protector, contándole algunas de sus pesquisas en bibliotecas centro europeas. Le decía que el otoño anterior había visitado multitud de bibliotecas de conventos de aquellos estados y que había encontrado abundantes manuscritos, pero muchos de ellos estaban dañados. Y que podría haber conseguido más, si no fuera porque ya estaban comprometidos con compradores avezados. El patrimonio disminuía con rapidez, pues mucha gente con dinero ponía sus ojos en ese tipo de documentos, que ya comenzaban a escasear. También le contaba las dificultades que tuvo con los mismos dueños de los tesoros quienes, al ver el interés del extremeño por aquellas piezas, imaginaban –aunque no lo supieran con certeza– que eran piezas de mucho valor, y eran reticentes a venderlas o bien pedían cantidades astronómicas. A veces, en lugar de acudir a los conventos, iba directamente a los libreros que los habían comprado, y con ellos se entendía generalmente mejor y, paradójicamente, conseguía precios más asequibles, sobre todo cuando se trataba de pergaminos, o cuando les ofrecía una cantidad abultada por un conjunto muy elevado de libros, lo que abarataba enormemente el precio de cada individual. También se puso en contacto con don Francés de Álava para negociar la compra de ciertos libros publi-



Estatua de Arias Montano en el Palacio de San Telmo (Sevilla).

cados en París, y textos griegos difíciles de encontrar, los cuales quizá no eran muy interesantes para el rey, pero sí para un experto en lenguas clásicas como Arias Montano (Bell 1922: 10-13).

Finalmente, después de tres años de viajes, pesquisas, visitas a bibliotecas privadas y conventuales, a librerías especializados, con un volumen escandaloso de libros magníficos y manuscritos y pergaminos

Felipe II le concedió el título de “Librero mayor”, algo equiparable a lo que hoy podría ser el director de la Biblioteca Nacional.

incunables, el extremeño envió todo el material a España el 30 de agosto de 1573, aprovechando un viaje del Duque de Alba, que volvía a la Península. El mayor problema de aquel traslado fue el viaje por tierra desde la costa española hasta El Escorial. Como pasaban los meses y los libros no llegaban, un funcionario real escribió a Montano para reclamarle el cargamento. Finalmente, las enormes cajas llegaron y la biblioteca palatina comenzó a funcionar. Asimismo, en esa época Montano hizo viajes a Venecia, Milán y otras ciudades para comprar más libros, pero allí los precios eran más caros. No obstante, pudo encontrar buenas ofertas de obras griegas y latinas, que envió con mucho gusto a España. Tanta fue la confianza que ganó Arias con el rey, que este lo escuchó no solo en sus recomendaciones bibliográficas, sino también en sus consejos acerca de la política española en Flandes. Arias dijo al monarca que la actuación del Duque de Alba era a menudo muy severa, y que pensaba que se debería escuchar más a los súbditos y contar con ellos para el gobierno de su propia tierra, sugerencia que se concretó, en los siguientes años, en ciertas decisiones reales. Además de bibliófilo y consejero político, Montano mantuvo una profunda labor intelectual durante aquellos años, publicando un texto enmendado de la Vulgata, su *Biblia Sacra*, en 1574, una edición de la obra médica de Francisco de Arce, un devocionario de corte erasmista y una traducción del hebreo de una narración medieval de un viaje a Tierra Santa.

Pero en 1576 terminó el idilio del extremeño con Amberes, el cual había llegado hasta la proliferación de una secta espiritualista flamenca, con la que se había sentido muy unido e identificado, sin que el rey tuviera noticia de ello. Su vuelta a España supuso la consagración definitiva al mundo de las bibliotecas, aunque también constituyó la pérdida de un paraíso en el que se había sentido absolutamente feliz y poderoso. Felipe II lo reclamó para que asu-

miera el cargo de director de la Biblioteca de El Escorial. No había nadie en España que pudiera realizar esa función mejor que él, así que el monarca no lo pensó dos veces. El 1 de marzo de 1577 ya estaba Montano instalado en su nueva casa y su nuevo trabajo, algo que le ocuparía diez años de su vida. Cualquier erudito enamorado de los libros se habría entusiasmado con esa tarea: un trabajo cómodo, en un lugar privilegiado, lleno de obras de arte desde el suelo a la bóveda, con un buen sueldo y apadrinado por el mismo rey de las Españas, en cuyos dominios no se ponía el sol, quizá el monarca más poderoso de toda la historia del país mediterráneo. Pero no: Arias Montano era fundamentalmente un hombre de acción, y le gustaba pelearse con los vendedores, los pícaros, los monjes y los funcionarios para arrancar libros por poco dinero, y le gustaba intrigar por los despachos de los poderosos para dar un toque personal a la política española en el extranjero, así como le gustaba reunirse con Plantino y sus secuaces para tratar temas tan importantes como el género de un adjetivo o un pronombre y su correspondiente versión en cinco idiomas. De tal forma que lo que debería haber constituido la culminación de un proyecto que iba a quedar escrito con letras de oro en los anales de la cultura española, y que realmente lo constituyó, para él fue algo parecido a un encierro o un castigo. Sus años de bibliotecario fueron más grises que los anteriores, y la sonrisa y la alegría desaparecieron por algunas temporadas de su rostro.

Puede decirse, entonces, que la biblioteca de El Escorial era el único lugar de España donde se podía leer con toda libertad cualquier libro, por muy pernicioso que fuera para la fe.

Lo que no siembra ninguna duda es la utilidad que tuvo para la biblioteca de El Escorial la larga estancia del extremeño entre sus anaqueles y ficheros. Fray Juan de San Jerónimo asegura que “era muy buen letrado y gran teólogo y muy visto en todo género de ciencias y lenguas, hebrea y caldea, griega y latina, siríaca y árabe, alemana, francesa y flamenca, toscana, portuguesa y castellana, y todas las sabía y entendía como si en estas naciones se hubiera criado”, por lo que hizo el catálogo de la biblioteca “ansi griego como latino de la librería y la distribuyó por sesenta y cuatro disciplinas”, y “dio orden de que se pusiesen en esta librería estatuas romanas y retratos de sumos pontífices y emperadores y reyes y de personas doctas” (Antolín 1921: 106). Felipe II le dio el título de “Librero mayor”, algo equiparable

a lo que hoy podría ser el director de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, él no se sentía totalmente a gusto. Por ejemplo, le agobiaba el cometido de clasificar y catalogar todos los volúmenes que llegaban a la biblioteca, que seguían siendo muchos, porque el rey mandaba constantemente emisarios a diversos puntos de la Península y de Europa, los cuales compraban lo mejor que caía en sus manos, tal como lo había hecho el mismo Montano años antes en Flandes y alrededores. Tenía una licencia especial, concedida por el Gran Inquisidor, que le permitía eximirse de todas las normas oficiales del Index de libros prohibidos, para poder leer todo lo que llegara a sus manos y decidir el destino del volumen, según su calidad literaria o científica y su ortodoxia católica (Rekers 1973: 16). Puede decirse, entonces, que El Escorial era el único lugar de España donde se podía leer con toda libertad cualquier libro, por muy pernicioso que fuera para la fe.

Cualquier erudito enamorado de los libros se habría entusiasmado con esa tarea bibliotecaria: en un lugar privilegiado, lleno de obras de arte, con un buen sueldo y apadrinado por el mismo rey de las Españas. Pero no: Arias Montano era fundamentalmente un hombre de acción.

Pero Arias también pensaba en el futuro, ya que no concebía una vida entera, o lo que le quedara de ella, encerrado entre aquellas cuatro paredes en una especie de jaula de oro de sabiduría centenaria. Por esa razón, comenzó a preparar a gente más joven y bien instruida para que le sustituyeran cuando



Colofón de la Biblia de 1571 de Benito Arias Montano.

él dejase el encargo real. Conviene aclarar que, nada más ser nombrado bibliotecario mayor de El Escorial, intentó dimitir, pero el rey se negó a aceptar aquella actitud, por lo que tuvo que pasar diez años catalogando libros y proyectando nuevas compras e intereses. Felipe II, que era un gran coleccionista de libros y manuscritos, deseaba rivalizar con el Vaticano en cuanto al número de volúmenes y a la importancia y calidad de muchos de ellos, algo que era ciertamente complicado, ya que la Biblioteca Vaticana había comenzado en los primeros tiempos del cristianismo, y cuando todos los volúmenes reunidos durante varios siglos se trasladaron a la sede del Vaticano, en 1448, su primer catálogo llegó a sumar 3500 manuscritos, lo que la convertía en la mejor, con muchísima diferencia de las siguientes, del mundo occidental. La escurialense nunca ha podido compararse a la vaticana, pero gracias a los esfuerzos de Felipe II y de Arias Montano, hoy contamos con un lugar cargado de historia, de más de 40000 volúmenes antiguos de un valor incalculable. A comienzos del siglo XVII, la biblioteca recibió el privilegio de recibir un ejemplar de cada libro publicado en España, aunque esa norma no se cumplió a rajatabla, ni durante mucho tiempo. Sin embargo, aquello fue suficiente para que ese lugar sea, hoy por hoy, uno de los tesoros más preciados que pueden encontrarse en la Península. La culpa de ello, en gran parte, fue de Benito Arias Montano. ▀

Bibliografía

- Antolín, Guillermo (1921). "La Real Biblioteca del Escorial". *La Ciudad de Dios*, 20 de julio de 1921, págs. 102-110.
- Bell, Aubrey F.G. (1922). *Benito Arias Montano*. Oxford: Oxford University Press.
- Rekers, Ben (1973). *Arias Montano*. Madrid: Editorial Taurus

Ficha técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

ILUSTRACIONES: Wikipedia y www.sofiaoriginals.com.

TÍTULO: Benito Arias Montano. Entre Flandes y la Biblioteca de El Escorial.

RESUMEN: Además de escritor, filólogo, sacerdote y consejero político, el extremeño Benito Arias Montano destacó como director de la Biblioteca de El Escorial durante diez años por petición expresa del rey Felipe II. Allí realizó Arias Montano una magnífica labor cuyos frutos perviven hasta nuestros días, ya que contiene uno de los tesoros bibliográficos más preciados que pueden encontrarse en España.

MATERIAS: Arias Montano, Benito / Autores Literarios / Bibliotecarios.